

SIMONE WEIL



ESCRIBIR CONTRA LA FUERZA



TEXTOS
SELECCIONADOS



*Prólogo de
Juan Evaristo Valls Boix*

PAIDÓS

SIMONE WEIL

**ESCRIBIR CONTRA
LA FUERZA**

Textos seleccionados

Prólogo de Juan Evaristo Valls Boix

Traducción de Alicia Martorell

PAIDÓS Inmortales

SUMARIO

Nota a la edición	9
Prólogo. La holgura de los días	13
Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social (1934)	
Introducción	21
I. Crítica del marxismo	25
II. Análisis de la opresión	29
III. Cuadro teórico de una sociedad libre	53
IV. Esbozo de vida social contemporánea	89
Conclusión.	123
Conclusión.	143
La <i>Iliada</i> o el poema de la fuerza (1939)	147

NOTA A LA EDICIÓN

Simone Weil fue una pensadora singular. Su filosofía, de una sensibilidad extraordinaria, y su profundo análisis del mundo y de la condición humana siguen interpelando con fuerza al mundo contemporáneo. Weil no escribió para consolar ni para embellecer la realidad, y tampoco se conformó con entender el mundo: quiso transformarse para estar a la altura. Pensar a fondo, actuar en coherencia y no mirar hacia otro lado ante el sufrimiento ajeno: eso fue lo que se exigió a sí misma, sin concesiones.

Nacida en 1909 en el seno de una familia judía agnóstica y burguesa de París, destacó desde muy joven por una inteligencia brillante y un carácter incorruptible. Estudió Filosofía en la École Normale Supérieure, donde fue una de las mejores estudiantes de su generación, aunque pronto se implicó de lleno en las luchas sociales. Para ella, la teoría no tenía valor alguno si no pasaba la prueba de la experiencia. Por eso abandonó la enseñanza para trabajar como obrera en

fábricas, militó en sindicatos e incluso se unió como voluntaria al frente anarquista durante la Guerra Civil española.

Su pensamiento, profundamente original, parte de una crítica feroz a todas las formas de poder: el capitalismo, el fascismo y también el comunismo soviético. En *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, escrito con apenas veinticinco años, plantea una teoría madura sobre las estructuras de dominación y la alienación del individuo. En ella analiza los mecanismos económicos, políticos y culturales que perpetúan la opresión en las sociedades modernas; denuncia la fe ciega en el progreso y propone una transformación del trabajo, de la cultura y de su organización. Pensar no era para ella un privilegio académico, sino un ejercicio de verdad que implicaba el cuerpo, el trabajo, el sacrificio y la compasión.

Hacia finales de la década de 1930, vivió una transformación espiritual silenciosa pero decisiva. Fascinada por la música sacra, los textos místicos y la literatura griega, fue descubriendo una forma de fe sin iglesia, de compasión sin dogma. En la *Ilíada o el poema de la fuerza*, escrito en plena ocupación nazi, se puede apreciar ya esa mirada que combina la lucidez moral con una ternura desarmante hacia los débiles. Weil muestra hasta qué punto la fuerza actúa como un principio deshumanizador universal que convierte a las personas en cosas. A través de la poesía, la filosofía y la experiencia, nos conduce hacia una ética de la atención: mirar de verdad al otro, especialmente al que sufre, sin querer dominarlo, sin convertirlo en símbolo, sin apropiarse de su dolor.

Weil murió en 1943, a los treinta y cuatro años, debilitada por una tuberculosis y por su negativa a alimentarse

más de lo que sus compatriotas podrían permitirse en la Francia ocupada. Hasta el final, vivió según su exigencia: no ser cómplice de la injusticia, ni siquiera de forma pasiva. No buscó fundar una escuela ni un sistema filosófico. Lo que legó fue algo más raro y valioso: el testimonio de una vida pensada hasta el extremo, una brújula ética, una escritura que sigue sacudiendo por su autenticidad.

Tras su muerte, su figura creció en silencio gracias al esfuerzo de amigos como Albert Camus, quien reconoció en ella «el único gran espíritu de nuestro tiempo». Su influencia alcanza hoy a pensadores, escritores, activistas y artistas que buscan, como ella, un pensamiento inseparable de la vida. En tiempos marcados por la polarización, su rechazo de los fanatismos resulta especialmente iluminador. Weil nos recuerda que ninguna causa justifica el desprecio por el ser humano, y que toda transformación verdadera comienza por uno mismo.

Esta edición recupera algunos de sus textos más emblemáticos —*Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* e *Ilíada o el poema de la fuerza*— para dar acceso a una voz que, ochenta años después, sigue siendo urgente. Estas obras leídas en conjunto ofrecen una visión coherente y complementaria del pensamiento de Weil. Un primer contacto breve pero intenso a una de las pensadoras más radicales del siglo xx.

PRÓLOGO

LA HOLGURA DE LOS DÍAS

INVITACIÓN A LA LECTURA
DE SIMONE WEIL

Por Juan Evaristo Valls Boix

¿Quién tiene hoy, quién encuentra hoy, holgura en sus días? ¿Quién sabe cuidar en ellos el vacío, el campo libre, el hueco anodino y misterioso del que brotan la escucha y las palabras? No hay ser más desgraciado que el que ha sido privado de juego y holgura. En tiempos de guerra, esos seres son los vencidos y los suplicantes, como enseña la *Iliada*. En tiempos de paz, si alguna vez los hubo, son los trabajadores.

Simone Weil siempre se mantuvo apegada al trabajo. Dejó escrito que pocas cosas le parecían más hermosas que un obrero cualificado, que pocas cosas eran más bellas que un grupo de obreros de la construcción enfrentando la dificultad. El trabajo ocupa el centro de su pensamiento político, porque es por el trabajo verdadero que seremos libres. Simone Weil conocía bien la filosofía de Marx y, a pesar de sus profundas discrepancias, creía, como él, que el trabajo es el modo en que el ser humano se relaciona

con el mundo, habita en él, lo transforma: así también encuentra su lugar. Y, sin embargo, pocas veces disfrutó Simone Weil de las cosas bellas en los años en que, tras interrumpir sus labores como profesora, se desempeñó en algunas fábricas del París de la década de 1930 y sus periferias. Antes bien, convivió con hombres y mujeres reducidos a tristes apéndices de las máquinas, sumidos en la prisión etérea del protocolo repetitivo de sus movimientos, incapaces de pensar. A ellos y sus historias les dedicaría muchas entradas de su *Diario de fábrica*, como también sus *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social*. Aquello no era trabajo verdadero, sino opresión disfrazada de trabajo.

Simone Weil se acercó también a la guerra, al íntimo y peligroso corazón de la guerra. Sin recibir arma por voluntad propia, se incorporó en 1936 a la Columna Durruti, en el frente de Aragón, durante el golpe militar contra la Segunda República de España. Años después escribió, leyendo a Homero, que la más bella amistad tenía lugar entre compañeros de combate, y que el triunfo más puro del amor era la amistad que rebosaba en el corazón de los enemigos mortales, allí donde abandonan sus diferencias y se reconocen en su miseria humana, en su único futuro cierto, que es la muerte. Sin embargo, pocas veces apreciaría en la trinchera los destellos bellísimos de la amistad. Simone Weil escribe con amargura sobre la guerra porque en la contienda encuentra solo el señorío de la fuerza.

La fuerza es lo que cosifica a cualquiera que esté sometido a ella, y empuja los cuerpos hasta su límite para reducirlos a cadáveres. Sin poseerla nadie, todos se la disputan; queriendo ejercerla todos, esta siempre retorna: su rigor

es kármico o geométrico, la fuerza que das es la que recibirás. Tanto a vencedores como a vencidos los corrompe, porque los va privando de espíritu, de atención y ternura. La fuerza asfixia la holgura o el vacío de nuestros días, ese espacio singularísimo para amar y pensar, y sin él acabamos dando con la muerte. Así ocurre en la guerra. Pero la fuerza también se cierne sobre nosotros sin darnos muerte, allí donde aprieta y oprime hasta que solo somos poco más que un objeto animado, un cuerpo sujeto a las inercias de un programa abstracto. Así ocurre en el trabajo especializado de la fábrica.

Por ello, aunque la poseáis o la temáis, aunque la ansiéis o la odiéis, aunque la necesitéis o la rehuyáis, no admiréis jamás la fuerza, no os enamoréis del poder, así en el trabajo como en la guerra. No aspiréis a convertirnos en vencedor, no aspiréis a ser jefe de nadie: se trata de salir de la rueda violenta, no de contribuir a su giro. Una potencia incógnita y bellísima es la que celebramos cuando rechazamos el sometimiento y decimos no a la fuerza. Creo que Simone Weil nos enseña estas cosas. Abrazad la holgura, el campo libre, celebrad las gracias del vacío y explorad los enigmas del hombre común, con quien nos hermana la flaqueza, la miseria última ante los designios imperturbables del azar. Siempre, ante todo, amad sin abrazar la fuerza, afirmad la vida a pesar de la fuerza, escribid contra la fuerza.

Simone Weil escribió y abrazó durante su corta vida este convencimiento, sin importar el hambre, la fatiga o el peligro. Su forma de entender la justicia, la amistad o el amor, que siempre elogió con los epítetos de la belleza, consistía en no confundir nunca el ímpetu del poder o las

armas de la violencia con los cuerpos en que se encarnan, que guardan siempre una condición vulnerable, sin ser dueños de sus vidas y a merced de las inclemencias del mundo. No poseer la fuerza es lo que nos hace amables, renunciar a ella es lo que nos vuelve honrados. Esa resistencia poderosa a las trampas de la violencia, ese No tan cierto y riguroso ante la fuerza, es el gesto con el que preferimos la vida en su radical indeterminación, en su dependencia de otros cuerpos, en su esencial vacío, un vacío más lleno que todos los llenos. La holgura de los días que la fuerza nos arrebató, sea bajo la forma definitiva de la guerra, sea bajo la dura y lenta opresión del trabajo moderno, es la oportunidad para el deseo y la ternura. Allí donde el yo se deshace, en ese hueco pequeño y oscuro, podemos prestar atención a los demás, darnos a fondo perdido.

¿Por qué Weil se mantuvo tan apegada al trabajo si conoció sus miserias y no encontró en él sino uno de los rostros de la violencia y la asfixia de la holgura? En el trabajo, Weil reconocía tanto la mayor muestra de libertad y gracia entre los hombres como uno de sus peores yugos. El régimen contemporáneo del trabajo, tanto el de su tiempo como el del nuestro, se caracteriza por lo que Simone Weil denomina en estos textos «especialización». Lejos de ser un modo óptimo de organizar la división del trabajo, la especialización es una operación de carácter político que divide a las personas entre quienes ejecutan y quienes coordinan, y así extirpa el pensamiento de la acción. De este modo reduce el trabajo a una serie de protocolos aburridos, redundantes e incomprensibles: los trabajadores viven sin saber lo que hacen ni por qué, siguen ciegamente órdenes y obedecen sin rechistar. Así, son privados de la dignidad del pen-

samiento, la única facultad que el ser humano tiene esencialmente individual y absolutamente propia. Pero quienes mandan y coordinan desde sus despachos se deshumanizan también, aunque de otro modo: puesto que no tocan el mundo, puesto que no se mezclan con su materia ni lo trabajan, tampoco lo conocerán nunca.

La especialización del trabajo moderno separa a los seres humanos de su potencia para pensar, y con ello los acaba aislando del mundo y los priva de la dignidad que confiere el pensamiento. Los obreros pierden su condición individual y su agencia plena cuando se insertan en la cadena de montaje para obedecer. Esa es la desgracia del trabajo especializado, que impide pensar. Los seres humanos nunca han sido más incapaces de pensar que en nuestro tiempo; es en la era de la información y el capitalismo cognitivo cuando más disociados estamos de nuestra capacidad de inventar, jugar e interrogar los sentidos del mundo. La disponibilidad total que se nos exige en el siglo XXI, la obsesión neoliberal por convertir nuestra pasión en trabajo y hacer del entorno laboral el espacio en que explorar nuestra libertad personal no hacen sino agudizar los diagnósticos de la filósofa. Abrazamos la opresión con una sonrisa. En el siglo XXI, como en la década de 1930, sentimos que nuestra época está privada de futuro. Concebimos con angustia y sin esperanza un porvenir sin alternativas ni resistencia contra el señorío de la fuerza.

Quizá el problema radique en que, desde la tradición marxista, siempre que pensamos en la revolución, la concebimos como una liberación de las fuerzas productivas, como un aumento de su poder. Pero esta liberación no resuelve el problema de la opresión; es una confusión de

los medios con los fines. Si los propósitos de todos nuestros ingenios consisten en aumentar el rendimiento, la sofisticación de las tecnologías y las buenísimas intenciones que alientan el cambio social dejarán intacta la cosificación generalizada que el trabajo y la guerra imponen al ser humano. Así, la lucha por el poder suplanta los placeres de pensar en el bienestar. Cualquier cambio social habría de aspirar a la emancipación de los seres humanos, a contestar la dominación contemporánea, y no a exacerbar la fuerza. Y emancipar a los seres humanos consiste en devolverles su agencia plena, allí donde acción y pensamiento, ejecución y coordinación, son indisociables: esa es la utopía del trabajo cualificado que imagina Weil.

No se trata de crecer, ni de acumular, no se trata de amasar más potencia, no se trata de ponérselo más fácil al imperio de la fuerza. Se trata de que el régimen del trabajo tenga por centro el bienestar de la gente y no la concentración de capital, de que el trabajo no sea un medio para afianzar el dominio del planeta y el gobierno de los hombres, sino el modo de habitar, celebrar y conocer el mundo. Porque conocer el mundo no es adueñarse de él, no es convertirlo en un repertorio de recursos a disposición, no es saturarlo con nuestra presencia. Conocer el mundo consiste en celebrar su misterio, en dejarle respirar, en darle holgura y campo libre: en trabajarlo, pero ser también trabajado por él. Esa reconciliación de la ejecución y el pensamiento, que llena de misterio divino y de vida todos nuestros actos, habría de restituir el pacto original del espíritu con el universo que Weil imagina al final de su reflexión sobre la *Iliada*.

Weil sostenía que el trabajo verdadero, considerado

como un valor humano, es la única conquista espiritual del ser humano desde Grecia, por eso habla de los obreros siempre con una ternura y un cariño profundos. Esa ternura se torna en amargura cuando en las fábricas, como en el campo de batalla, la autora solo encuentra relaciones de fuerzas, la violencia bajo todas sus formas. La amargura nace de la subordinación del alma humana a la fuerza, confesaba. El sabor amargo de la escritura se desprende de la desesperanza de no encontrar gracia y justicia allí donde debería estar: que nuestras relaciones sean la oportunidad para la guerra, y no para la amistad, que el trabajo sea oportunidad para la opresión y no para la atención.

La singularidad de la *Ilíada* quizá consista en esto: aunque el verdadero héroe y el tema central del poema sea la fuerza, todavía hay en quien cuenta las historias y contempla los sucesos un deseo de otro modo de ser que no es el de la fuerza, de otra relación que no es la de la violencia. Y también la bellísima prosa de Weil guarda esta resistencia: su escritura se enfrenta a la fuerza implacable porque desea otra cosa, porque ama lo que, en nosotros, hay de menos fuerte y poderoso. El deseo de ternura que se alza contra la violencia imprime a la escritura sobre la fuerza ese contraste que la filósofa reconoce como el sabor de la amargura. Mientras el poderío de la violencia, aunque seamos vencedores o empresarios, deje en nosotros un gusto amargo, hay una oportunidad para el cambio: preferimos la ternura, preferimos la vida, preferimos la holgura.

¿Quién tiene hoy, quién encuentra hoy, holgura en sus días? ¿Quién sabe cuidar en ellos el vacío, el campo libre, el hueco anodino y misterioso del que brotan la escucha y las palabras? Muy pocos, ya casi ninguno. Pero si el trabajo

es un valor humano, si hay belleza y hermosura en el esfuerzo, es tan solo cuando no aspira al dominio, sino al campo libre y al vacío. Sin la holgura de los días, el trabajo no es nada, o es demasiado: la fuerza por otros medios. Por ello, con ternura o gusto amargo, preferimos la gracia, deseamos contra la fuerza.